

TENDENCIAS

Salma Hayek sigue siendo sexy a sus 50 años

El Ciudadano · 4 de septiembre de 2016

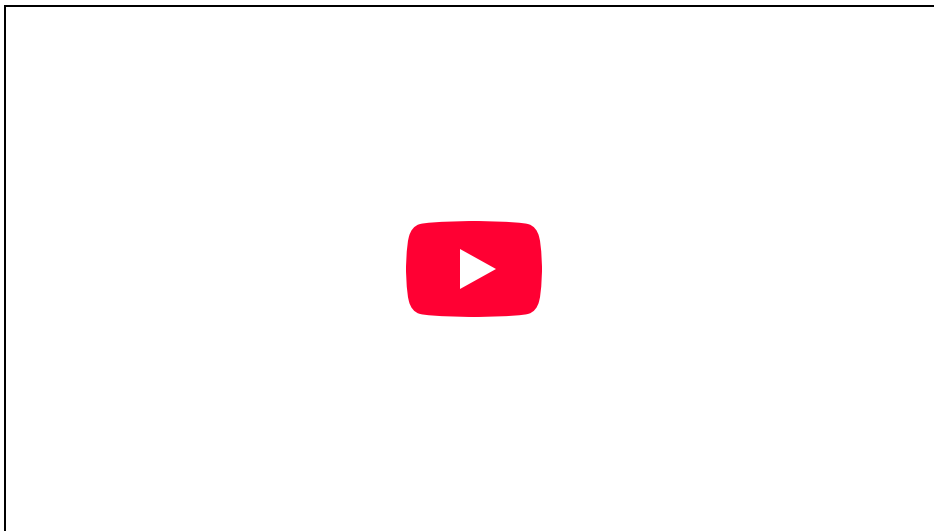


Aquella Carolina que retozaba alegre en la cama con Antonio Banderas, al igual que *Satanico Pandemonium*, la vampira disfrazada de exuberante bailarina que hipnotizaba y hacía beber de sus pies a Quentin Tarantino, son las creaciones de alto voltaje con las que la mexicana, Salma Hayek irrumpió en el cine por la puerta grande, ambas con la firma de Robert Rodríguez.

«No soy una exhibicionista», dijo la actriz, que cumple 50 años este mes, en una entrevista con la revista Allure en 2011.

«*La balada del pistolero* fue la primera vez que me desnudaba en el cine, así que fue muy difícil», indicó Hayek, que reconoció que aquella escena se rodó en ocho horas, cuando el equipo de producción había planificado que en una hora habría concluido.

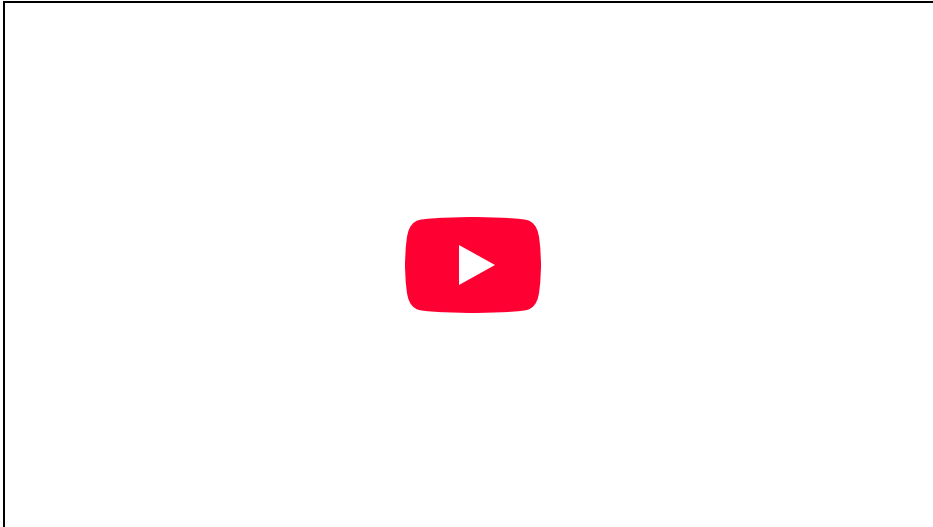
«Era mi primera oportunidad en una película de Hollywood y sabía que tenía que hacerla. Fue muy complicado para mí. De hecho, lloré. No quería estar desnuda frente a la cámara. No dejaba de pensar: ¿qué dirán mis padres?», comentaba en 2012 al tabloide británico The Sun.



No menos exigente resultó la escena de su inolvidable baile en bikini con una enorme serpiente pitón sobre la tarima del «Titty Twister», el infame bar de carretera al que llegaban George Clooney, Tarantino, Harvey Keitel y Juliette Lewis sin imaginar el festín de sangre y vísceras que les aguardaba.

Hayek sentía absoluto pavor por las serpientes, pero Rodríguez, muy pícaro él, le dijo que Madonna iba a aceptar el papel si ella lo rechazaba, así que la intérprete

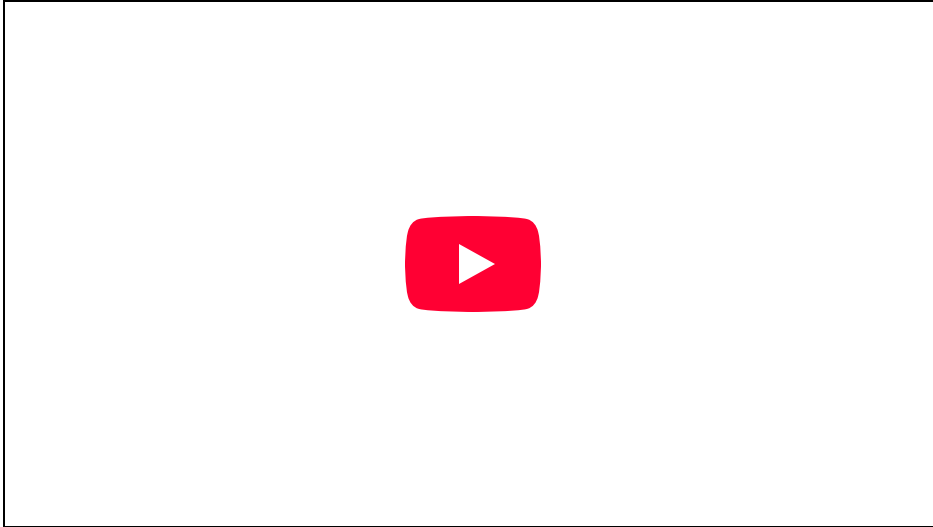
pasó dos meses haciendo terapia para sobreponerse a sus miedos y así poder rodar la escena, ahora convertida en todo un clásico.



Esos trabajos le abrieron la puerta de Hollywood de par en par, hasta el punto de que en 1997 ya situaba su nombre al mismo nivel que el de la estrella masculina de turno en cintas como *Un impulsivo y loco amor*, con Matthew Perry, y *Breaking Up*, con Russell Crowe.

Después siguieron papeles de reparto (*54*, *Aulas peligrosas*) intercalados con apariciones en superproducciones (*Wild Wild West*) e incursiones en el cine iberoamericano (*El coronel no tiene quien le escriba*, *La gran vida*), hasta que decidió tomar cartas en el asunto, harta de esperar mejores oportunidades, y se lanzó a crearlas ella misma.

Así llegó *Frida*, el proyecto que coprodujo y que la consagró definitivamente en Hollywood gracias a sus nominaciones al Oscar y a al Globo de Oro como mejor actriz.



Desde entonces, ha vuelto a ejercer como productora en televisión (la serie *Betty la fea*), cine de animación (*The Prophet*) y del thriller *Septembers of Shiraz*.

Su carrera cinematográfica pasó a un segundo plano tras el nacimiento de su hija, Valentina, en septiembre de 2007, fruto de su relación con el francés François-Henri Pinault.

«Lo primero es la familia, el cine es un segundo plato», dijo Hayek a EFE en 2009, año en que la actriz se casó con Pinault.

Desde entonces sus apariciones más comerciales han llegado de la mano de comedias bienintencionadas con Adam Sandler y Kevin James «*Son como niños* (1 y 2) y el taquillazo de *Gato con botas* (2011), su reencuentro «animado» con Antonio Banderas, que ingresó más de 550 millones de dólares en taquilla y que aún espera el lanzamiento de una secuela.

Pero su asignatura pendiente, tal y como reconoció el año pasado en el Festival de Cannes, es volver a ponerse tras las cámaras, lo que calificó como su «gran pasión».

Mientras llega esa historia soñada que la haga estrenarse como directora de un largometraje, Hayek se vuelca en su Fundación, cuyo objetivo es acabar con la

violencia hacia las mujeres y llevar la atención global a las crisis humanitarias.

Fuente: [El Ciudadano](#)